

CAPÍTULO I

LOS VIAJEROS SON MALA GENTE

La primera noche que pasamos en Bérgamo un rayo mató a un hombre.

Ésta es una buena frase para empezar un libro. Cualquier libro.

Hay otras frases que tienen también gancho, como ésta:

«Entré en Salzburg en tren y salí en submarino». Luego explicaría que estuve en Austria en el catastrófico verano de 2002, cuando en julio y agosto las lluvias devastaron el país y todo centroeuropa.

Señores míos, estoy a punto de comenzar un libro sobre un viaje por el norte de Italia y la Stiria austriaca. Lo que ocurre es que no puedo escribir una línea más sin aclarar antes que detesto la literatura de viajes (pero téngase en cuenta que escribir es exagerar). La revista *El Cultural* me publica desde hace tres años reseñas sobre libros de viajes. Acababa yo de publicar una novela titulada *Un turista, un muerto* cuando Nuria Azancot me buscó para ofrecerme esa responsabilidad. Siempre he pensado que fue un efecto directo de ese título que hablaba de turistas muertos.

Por eso sé muy bien cuánto puede aburrir un libro de viajes.

En un libro de viajes puedes leer en cualquiera de sus páginas algo como esto:

«Me levanté a las ocho y bajé al bar del hotel a tomar un café con leche y un cruasán».

Ustedes coincidirán conmigo en que esta información es anodina, por mucho que el hotel esté a miles de kilómetros del hogar de quien escribe. En Samoa, por ejemplo.

Me resulta a priori repelente el género diarístico, y el diario de viajes es todavía más insufrible, pues a las incomodidades del camino se unen los insulsos ciclos y horarios de toda biografía. No entiendo a quienes ya maduritos siguen escribiendo un diario. Vale que se empeñasen en tomar nota de todo cuanto veían (un estornudo sospechoso de escorbuto o un pájaro con pinta de ir a pedir una piña colada) tipos como Cristóbal Colón o Amundsen. Ellos estaban haciendo historia, ¿pero qué justifica un diario de un profesor de química, de un bibliotecario, de un padre de familia o de un escritor de novelas?

Sólo hay una razón aceptable para escribir un diario: que tengas un editor dispuesto a pagarte por ello.

Lo más frecuente es que la rutina de un tipo que ha sentado la cabeza y el culo no sea suficiente fuente de inspiración. Por eso algunos viajan. No porque vayan a descubrir América, a poner la primera banderita en un Polo, o a estudiar la vida sexual de los gorilas en extinción, sino porque quieren meter en su diario algo más exótico que «y mi hijo de dos años hoy ha vuelto a patearme los huevos mientras le cambiaba el pañal». Algunos viajan porque quieren ser escritores.

Que no se me confundan: no quiero disuadir a nadie de viajar. Viajen todo lo que quieran, pero no nos lo cuenten. O al revés: cuéntenlo todo con tanto detalle

y perfección que al cerrar el libro nos creamos que ya hemos estado en ese país, y lo tachemos de nuestra lista de viajes pendientes.

Es curioso cómo la idea de lo exótico puede deslumbrar tanto a algunos. Abro un periódico de verano y me encuentro un reportaje sobre Sri Lanka, que según el mapa es un lagrimón recién desprendido de la barbi-lla india. Se habla de una fiesta local en la que se traslada un diente de Buda durante diez días. Imagino que en ningún periódico indio se publican reportajes sobre las fallas de Valencia, los Sanfermines, la Tomatina de Buñol, ni la carroza de la Beata mallorquina. Su idea de lo exótico no está lo bastante desarrollada.

Nosotros, los europeos, seguimos en el peldaño de la civilización alcanzado hace dos siglos con el *boom* de los viajes y nos pirran las cosas lejanas: las batas chinas, las tallas de madera africanas y las cabezas disecadas de canguro para exhibir en el comedor. O las mujeres. Vean si no cualquier página pornográfica de Internet. Uno puede llegar hasta la cama virtual de chicas «ébano», de «asiáticas», de «rusas» incluso, pero a nadie se le ha ocurrido que pueda haber un sólo mortal interesado en «manchegas», «canarias» o «maragatas». Nos resultan demasiado cercanas y verlas en Internet nos provocaría el mismo desasosiego que encontrar a nuestras abuelas anunciando su propia web con un «picardías». Algo que sin embargo la poeta italiana Alda Merini sí se ha atrevido a hacer, a pesar de su edad y su cuerpo, claro que sus nietos (si los tiene) entenderán que no se pasa en vano por el psiquiátrico.

Escribir sobre un viaje está chupado. Ni siquiera hace falta viajar. Uno se coge una guía o va a una agencia del ramo a por unos folletos, y ya te sale un libro.

De hecho últimamente los libros de viajes no nos cuentan viajes, sino la historia de unos lugares lejanos que se puede reconstruir con la bibliografía acertada. Lo de menos es que el autor haya visitado estos lugares. Dos de los últimos premios Grandes Viajeros de Ediciones B son así: el de Luis Reyes sobre Palestina o el de Martínez Laínez sobre Rumania. Y hay que decir que se agradece la información, la historia, el anecdotario, en lugar de la búsqueda frustrada de peripiecia o la vulgar rutina del viajero.

Es muy fácil invadir un país y luego contarlo. Menuda forma cómoda de adquirir «mucho mundo». Es muy fácil ir a cazar leones y luego contarlo. Es pan comido volver de una guerra en Vietnam o en Afganistán en silla de ruedas y quedarse sentado a escribir un libro. Lo realmente difícil es escribir sobre el viaje al pueblo que dista de tu residencia cinco kilómetros. Para eso sí que hace falta talento. No se me ocurre tarea más admirable que la de redactar el apasionante viaje en autobús de línea a Banyalbufar, un pueblo a diez minutos de donde vivo.

Pero yo no voy a aplicarme el cuento. No soy tan bueno. Les voy a contar un viaje, sí, y hasta les voy a someter a una sesión subliminal de diapositivas. No sé si soy masoquista o si tal vez me he propuesto escribir el anti-libro de viajes.

Antes, en el siglo XIX, un tipo que quería ser escritor se estrenaba en esta carrera publicando un libro de viajes. A falta de una buena fábula, uno puede rellenar un buen fajo de páginas describiendo su experiencia con la excusa de un viaje. Si su experiencia no consigue trascender la rutina de su sedentarismo, siempre queda

el recurso de describir el paisaje, la arquitectura, la historia de los lugares visitados. Se suple la imaginación del creador con un poco de oficio periodístico. Stevenson o Edith Wharton se estrenaron así, el primero con un viaje en burra por Francia y la segunda con sus estudios sobre Italia.

Se escribe un primer libro de viajes como se escribe un diario, por ejercitar el estilo, por hacerle el rodaje a la estilográfica. No tienes que sumergirte en un mundo nuevo, cimentarlo, levantar las grúas de la fábula y encajar los pilares con los cruceros de un edificio imaginado. No hay que mancharse con el serrín en la carpintería de la obra cerrada que debe ser una novela. Se ha dicho que en la novela cabe todo, que es el abrigo libre y abierto en cuyos bolsillos el autor puede guardar lo que le dé la gana. Y no es cierto. No si lo comparamos con un libro de viaje o un diario de viaje.

Martín López-Vega ha publicado una selección de crónicas viajeras de nuestros escritores modernistas y en el prólogo anota algo que debería pararme los pies. Leyéndolo, por cierto, se me ocurrió el título de mi libro. Y debería pararme los pies porque si «la crónica trasluce siempre al hombre que la escribe», puedo salir muy mal parado. López-Vega sabe que el autor puede enmascararse en un relato, una novela, un poema, pero no en la crónica. Algunos se enmascaran incluso en el diario. Nos dejan indiferentes ante su hipócrita simulacro de nudismo. Estos diaristas que nos cuentan el pecado y no el pecador (como yo ahora mismo) me recuerdan el feliz dicho «yo nunca hice nudismo: yo iba en pelotas». Sin saberlo, sin buscarlo, algunos iban en pelotas. Hoy otros anuncian su dedicación al bello arte

del exhibicionismo y sólo nos enseñan el forro de seda de su chaqueta milanesa.

Me acojona que se cumpla el diagnóstico de López-Vega, porque yo prefiero ser nudista a ir en pelotas. Quiero saber lo que estoy enseñando y no quiero enseñarlo todo. ¿Y si este libro me revela como un criminal en potencia, o *de facto*, o un estúpido? ¿Y si por alumbrarle al lector con mis ojos el paisaje, por confiarle mis cuitas, queda patente mi maldad? Pues soy malo, muy malo, y ya he perdido amigos por escribir novelas, ese género que en teoría enmascara. (Claro que ahora que lo pienso en una novela el autor se oculta, pero a sus conocidos los despelleja o caricaturiza con pulcritud de miniaturista). ¿Qué será de mí si concluyo este libro? Temo, sí, que al describir una pipa de brezo o un *apfelstrudel*, una pizza o un balneario en ruinas, las partículas de mi alma se deslicen como un esperma venenoso hasta el papel que tú lees, pío amigo, y arrojes mi criatura nonata al pavimento, santiguándote luego.

Y sin embargo yo no viajo. Mi maldad me vendrá de otra cosa, no sé, tal vez de leer los ensayos de Ramón Irigoyen sobre los epicureos. Malos de verdad son los viajeros. Tengo un amigo librero que sabe a ciencia cierta que los escritores son mala gente. Van a su librería y le ladran si no está su libro en el escaparate. Debo pues matizar: no son malos los viajeros, sino sólo los viajeros escritores.

Con todo, hoy por hoy, hasta los que no escriben sobre sus viajes están bajo sospecha. Yo he llegado a la conclusión de que viajar tal vez no sea pecado mortal, pero desde luego no es ético.

Pero decíamos que la primera noche que pasamos en Bérghamo un rayo mató a un hombre.

Si hubiese empezado este libro diciendo que salí en submarino de Salzburg, aparte de que sonaría a exagerado, mentiría en otro asunto: no estuve en Salzburg en este viaje. Pero es rigurosamente cierto que un pobre hombre murió en la montaña que teníamos al alcance de la vista desde la casa de Uta y Ralf, en julio de 2002. Ésa noche no pegué ojo. Me había acostado con ganas, agotado por la mala noche anterior en el barco Barcelona-Génova, en un colchón en el suelo. Mi hijo de dos años dormía como un tronco a mi lado en una cuna. Yo cerré los ojos e intenté cerrar los oídos en vano. Nunca había oído tantos truenos durante tanto tiempo. El viento, la lluvia y los trallazos del cielo sonaron horas y horas. No podía creerlo. No recuerdo el ruido del agua, el empujón del viento, pero la batalla de truenos que se libró esa noche fue tan interminable que no conseguí pegar los párpados cinco minutos seguidos. De modo que cuando a los dos días leímos en el Eco di Bergamo que un hombre había muerto por un rayo, no nos extrañó nada. Después, en los Alpes, Gabi, la casera, nos contó que en aquella zona habían caído más rayos que en todo el resto del planeta, y que en el Este de Austria los destrozos habían sido graves. Un mes después, cuando nuestro viaje ya había finalizado, las inundaciones fueron aún peores y dio la vuelta al mundo la foto de un hombre que, en Praga, iba a telefonar a una cabina en canoa.

Nuestro viaje no tiene, en mi opinión, nada digno de mención. Acabamos donde empezamos. En casa. En el mismo punto. Ya no éramos los mismos, sin embargo. Sobre todo los pequeños. Mi hijo Milos, por ejemplo.

Había salido de casa sin saber hablar y a la vuelta ya sabía invocar, con entusiasmo místico, a los árboles, a las montañas nevadas, las cascadas, las vacas. Y había crecido cosa de un palmo en tan sólo veinte días. También mi hija Andrea era otra a la vuelta: había aprendido que para hacer amigos no hace falta hablar una misma lengua. Ahora le queda aún por descubrir que tampoco es necesario para hacer enemigos. Andrea, que tiene seis años, sabe mucho de amor y ha tenido ya cuatro o cinco novios (aunque alguno de ellos ni siquiera se enteró), pero sigue en ese estado de felicidad que requiere la ignorancia de ciertas cosas. Cosas como que para odiar a muerte a alguien, para masacrarlo, para liquidar a miles de personas, no hace falta ni hablar su lengua ni conocerlas de lejos.

Que a mí me parezca que nuestro viaje no tiene nada digno de mención no me impide emprender este libro. Precisamente porque quiero demostrar con hechos la falacia del exotismo. Soy de los que piensan que nada que me ocurra a mí, nada que ocurra cerca de mí, incluso nada de lo que yo pueda llegar a enterarme, puede ser interesante para nadie. Nada de mi entorno puede tener emoción, aventura, crepitar de adrenalina. Ni siquiera el hecho de haberme convertido durante una noche en un compinche de un grupo terrorista alemán.

Pero a la vez que pienso eso me indigno por pensarlo. No quiero pensar así. Lo que ocurre es que desconozco la magia, el oro de las vidas que veo pasar por mi calle cada día. Están más cerca, hablan mi lengua, y sin embargo no sé nada de ellas. Ocurre al viajar que se nos abren los poros y nos empapamos del aire como si

fuese más valioso que el que sopla en nuestra tierra. Creemos que la gente que nos cruzamos en un viaje es más sabia, más bondadosa, más alegre, y que sus historias merecen más cronistas que las historias de nuestros vecinos. Al salir de nuestro refugio habitual, lo miramos todo con una avidez desproporcionada, con el prejuicio de que la luz es más nítida y los objetos pertenecen a un mundo exclusivo.

Una vez, en un viaje a León, cuando no dejaba ni un minuto sola mi cámara Praktika manual, vi un camión de cerveza Mahou parado en una plaza. Me pareció un camión único, digno de foto. Cuando después tuve la foto en las manos me di cuenta de que era un camión como hay cientos en toda España. Pero nunca hasta entonces me había fijado en esos camiones hasta que vi aquel en un viaje de placer por León.

Este libro no es un libro sobre Bérghamo ni ninguna otra ciudad o pueblo por los que pasamos, ni sobre las personas que subimos a los barcos, los trenes y los coches. No quiere ser un itinerario espacial ni temporal, la crónica de ninguna aventura.

No diseñé este viaje pensando en un futuro libro. Pero creo que fue en Bérghamo, a la vuelta de nuestros siete días en Rottenmann, cuando le dije a Ralf:

—Voy a escribir un libro de este viaje.

Ralf me miró dibujando con sus cejas una especie de arma arrojadiza.

—¿De este pequeño viaje? —preguntó.

—Sí, pero es un viaje que da para mucho: voy a hablar de ti.

Me di cuenta, en los lentos días de lluvia en el refugio de Rottenmann, de que valía la pena dedicar

unas páginas a la gente, a las historias que se concitaron entre las cuatro paredes y sobre las mesas que Heini y Gabi habían servido y limpiado durante veintiocho años.

Ralf tiene treinta y seis años y colecciona coches en miniatura. Tiene un viejo «camper» alemán y sabe cocinar berenjenas. Gabi y Heini cantan canciones en austriaco entonados con vino de Valdepeñas en el regazo del Stein am Mandl. Tobías dejó a su pareja de ocho años porque ella no lo echaba de menos por las noches.

¿Cómo titular este libro? ¿Viaje a la cochera de Peter Pan? ¿Las diez mejores recetas de Gabi? ¿El último yodel del Mediterráneo?

Al no haber superado en ningún momento ningún récord deportivo; al no haber descubierto ninguna civilización perdida, ni el sombrero de Mallory, ni al Yeti, ni ninguna nueva especie; al haber acabado donde empezáramos, y sin apenas *souvenirs*, entiendo que no tiene ninguna importancia el relato cronológico de nuestro recorrido. No tengo muy claro si es más emocionante haber estado a punto de alcanzar el objetivo terrorista en el que me vi envuelto, o escuchar por primera vez a mi hijo pronunciar, a su manera, la palabra «montaña»: «mememia». Lo mismo me da empezar el viaje hacia atrás. Además no fue un recorrido demasiado estudiado. Una vez dejamos atrás Verona y subimos por la autopista que te lleva a Innsbruck, todo son bosques, montes, ríos y estaciones «Autogrill». Árboles y más árboles. Pinos. Abetos. Tilos. Castaños. Robles. Otros. Verdes. Altos. Con ramas. Largas ramas. Verdes. Tupidas. Fuimos hasta St. Georgen, un pequeño pueblo cerca de la famosa Zell am See, de rama en rama, esquivando troncos apilados en las serrerías de la carretera. Y por eso no

miento al decir que este viaje fue un viaje por las ramas. Por las ramas, justo por donde me gusta andar cuando escribo o doy una clase sobre Platón. El viaje técnicamente fue escaso. Bajamos por el mismo sitio que subimos. Fue un viaje capicúa. Creo que hasta ganaría si lo contase de espaldas.

El viaje fue agradable y relajado. Sin embargo algunos amigos nos miraron, a nuestro regreso, como a locos o a héroes, cuando supieron que habíamos ido hasta Austria con los niños. No era para tanto. A los que nos preguntan dos veces sobre el tema les digo que como ni fumamos ni bebemos, y de algo hay que morir, decidimos llevarnos al viaje a nuestros hijos.

Cuando uno sale hacia lo desconocido en solitario, se expone a la aventura. Cuando sales con la familia te expones a la tragedia.